

Alvaro Soler

con la colaboración de Christine Dohler

BAJO EL MISMO SOL

LA MÚSICA Y YO

Traducción de Mateo Pierre Avit Ferrero

m̄

Título original: *El Mismo Sol - Unter derselben Sonne. Überall und nirgendwo zu Hause*

© Penguin Verlag, 2021

Penguin Verlag es una división de Penguin Random House Verlagsgruppe GmbH, Munich, Alemania.

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Martínez Roca es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Traducción: © Mateo Pierre Avit Ferrero, 2022

Diseño de cubierta: Hafen Werbeagentur, Hamburgo

Fotografía de cubierta: Álvaro Soler, 2021 © Peter Rigaud

Fotografía de contracubierta: © Vincent Franken

Fondos de portada y de portadillas interiores: © Peter Rigaud

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-270-4967-3

Depósito legal: B. 2.828-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo

¿Todo terminó antes de empezar? 13

1

¡Bienvenido al mundo de la música! 17

2

Sin fronteras

(Mi casa está en todas partes y en ninguna) 33

3

La vida es una canción

(La música es nuestra lengua) 53

4

Dicen que no eres de aquí

(Crecer por una crisis) 75

5

Brilla como el sol

(Todo o nada) 101

6

Aprender a surfear la ola
(No perderse en el camino) 127

7

Sto impazzendo?
(¿Me estoy volviendo loco?) 155

8

De vuelta a la realidad 171

9

Hakuna Matata
(Emplear mi voz para el bien) 187

10

Tradición, cultura y comida
(El camino al corazón pasa por el estómago) 209

11

Magia. *Ya verás que sale bien* 227

Epílogo

Alma de luz 247

Agradecimientos 250

Créditos fotográficos 253

1

¡BIENVENIDO AL MUNDO
DE LA MÚSICA!



iCómo he acabado aquí? Parecía un sueño cuando hace unos días llegué en vuelo comercial desde Madrid. Y nada más llegar a Las Vegas pensé por primera vez que todo estaba perdido. «¡Deja de soñar, Álvaro!». ¡Estaba claro! Al principio, esta sensación me acompañaba constantemente porque el éxito me había llegado de golpe. Cuando en el aeropuerto deslicé hacia el aduanero, a través de la ventanilla, mi pasaporte deformado por tantos viajes, me miró frunciendo el ceño. Lo hojeó con desconfianza y me preguntó con voz severa:

—¿Qué ha venido a hacer a Las Vegas?

Como siempre, fui demasiado sincero y dije educadamente:

—Estoy aquí porque participo en el iHeartRadio Music Festival.

—¿Y qué hará ahí? —preguntó.

Yo sabía que no había hecho ni pensaba hacer nada malo, pero aun así me puse nervioso. Como en un control de alcoholemia, cuando no has bebido nada pero hablas con miedo. Pensé: «Ay, Dios, da igual lo que diga, acabaré en chirona». Entonces seguí siendo sincero:

—Canto una canción.

—Ah, ¿actúa?

—Bueno, solo una canción con JLo.

El funcionario enarcó una ceja, pero mantuvo la profesionalidad.

—Ajá, así que viene a trabajar aquí. ¡Pero solo tiene un visado de turista!

«Madre mía», pensé y sentí un poco de pánico, pues los ensayos para la gran actuación empezarán pronto. ¡Tenía que entrar en el país a toda costa! ¡Inmediatamente!

Dije desesperado:

—Sí, pero no es trabajo. Es un honor para mí actuar con JLo. No me pagan por ello. Es para promocionar mi canción.

—Vale —dijo entonces—. Acompáñeme, por favor.

Lo seguí a una de esas mohosas salas de interrogatorio que hay en los controles de los aeropuertos, como si hubiera entrado ilegalmente o pasado algo de contrabando. Quise avisar de que estaba retenido a mi representante, Benny, que ya estaba en el hotel. Pero no me dejaron utilizar el móvil. Tuve que esperar diecinueve interminables minutos hasta que otro policía de fronteras vino a interrogarme. Preguntó por qué quería entrar y se lo volví a aclarar todo. Por suerte, este estadounidense era más amable. «Bien, amigo mío —dijo—. Hace media hora dejé pasar también a Coldplay. Ellos, sin embargo, tenían el visado correcto. Para la próxima necesitas otro visado. ¡No eres un turista normal!».

Respiré aliviado cuando por fin vi el sello estampado en mi pasaporte.

Ya en el taxi, de camino al hotel, me reí de mí mismo: «¡Álvaro, has estado a punto de no entrar en el gran y

loco mundo del espectáculo! Como si te estrellaras contra el portero de una discoteca». Abrí entonces mis cansados ojos. ¡Íbamos a toda velocidad por la famosa Las Vegas Strip! No podía creer cuántas alfombras rojas había allí tendidas. ¡Todo parecía inmenso! Las torres de los hoteles se elevaban hasta el cielo, por todas partes centelleaban millones de luces.

Cuando por fin entré en el vestíbulo de mi hotel, oí tintinear las tragaperras y lo primero que vi fue la gigantesca estatua dorada de un león. Tantas horteradas juntas casi me dejaron boquiabierto. Me alojaba en una habitación del MGM Grand Hotel, donde también se rodó *Ocean's Eleven*. Veía en directo las imágenes que normalmente solo se conocen por las pelis de Hollywood: mesas de póker donde los jugadores no pestañean, tragaperras parpadeantes en las que probaban suerte hombres con sombreros de vaquero y mujeres con caniches en brazos. Yo desentonaba en vaqueros, camisa y zapatillas de deporte. Pero arrastraba demasiado cansancio como para preocuparme por nada más. En mi habitación me dejé caer un momento en la enorme cama *king-size* y pensé, como soñando, que enseguida ensayaría en el escenario donde ya habían actuado Madonna y Beyoncé. Es más: iba a quedar con JLo como si fuera una antigua conocida. ¡Increíble!

Poco después, radiante y con una trenza que se balanceaba, JLo vino a mi encuentro cuando quedamos para ensayar en la sala de conciertos.



«¡Me alegro de verte!», dijo. No era nuestro primer encuentro, pues ya habíamos grabado unas semanas antes el vídeo del sencillo *El mismo sol* en Nueva York. Es otra historia de locos, que contaré más adelante.



Aunque suene un poco estereotipado, tengo que decirlo: JLo tiene todavía mejor aspecto en persona que en las fotos y los vídeos. Vino al natural. Sin arreglar ni demasiado maquillada, vestida muy informal

con mallas negras y una chaqueta de punto azul claro. Primero miramos tranquilamente la actuación, pues los figurantes desempeñaron nuestro papel para que viésemos cómo quedaría la coreografía. Los ensayos duraron toda la tarde, hasta la noche. Todo parece tan perfecto en una actuación estadounidense porque el proceso se repasa incontables veces. El mundo del espectáculo y entretenimiento tiene mucha importancia en Estados Unidos, de manera que pocas veces se deja algo al azar.

Cuando compuse la canción *El mismo sol* con mis productores alemanes, Simon y Ali, nunca me habría atrevido a pensar que en algún momento la interpretaría con la estrella mundial JLo, una de las cantantes más exitosas en la actualidad.

Cuando los ensayos terminaron, JLo me tocó el hombro:

—Álvaro, ¿te apetecería venir conmigo a una discoteca?

En realidad, lo único que quería era irme a la cama: al fin y al cabo, llevaba despierto una eternidad. Pero vacilé y pensé: «Vale, da igual el desfase horario: tengo que ir».

—¡Sí, claro! —dije entonces con especial desenvoltura.

Y así arrastré poco después los pies detrás de JLo en la alfombra roja de una discoteca. La pagaban por ir: ¡trabajo fácil! Del brazo de su entonces novio, Casper, iba delante y caminaba como la reina que es. Benny, un

colega suyo y yo la seguimos un poco inseguros. Cuando entramos en la discoteca se desató la locura; por supuesto, no por nosotros. Nos sentamos en una mesa vip situada en una galería que daba sobre la pista de baile. Pero para mí la situación era más bien incómoda. Enfrente de mí, JLo daba sorbos a un vaso de agua, mientras yo me servía un *gin-tonic* por compromiso. Había tanto ruido que no pudimos mantener una conversación decente. Así que gritó por encima de la mesa:

—¿Dónde naciste?

—Barcelona —contesté.

—¿Dónde?

—Barcelona, en España.

—¡Ah!

—¿Y tú?

—Nueva York, en el Bronx.

No era posible una conversación profunda, me sentía como un animal en el zoo. Todo el mundo nos miraba boquiabierto, solo ponían música de JLo. Cuando una megaestrella así va a una discoteca, ya nadie quiere bailar, sino solo robar una mirada o foto suya. Ni siquiera me atreví a pedir otra bebida porque pensaba que se la servirían a todo el mundo. JLo hacía señas y sonreía todo el tiempo a la concurrencia, que se comportaba más bien como un público. ¿Qué más iban a hacer? Al cabo de una hora dijimos educadamente:

—Oye, nos vamos. Ha sido un día largo.

Mientras me cepillaba los dientes, solo en mi enorme habitación, pensé: «No me gusta esto del mundo del espectáculo. Con mayor razón me alegro de que lo único que tengo que hacer sea cantar en el escenario».

Solo unos días más tarde llegó el gran momento. Yo, un tipo normal, me topé de repente con Kanye West y P. Diddy en el camerino. Poco antes de mi actuación, estaba con JLo y los bailarines en un círculo y nos pasamos los brazos por los hombros. Estaba justo al lado de JLo, a punto de perder los nervios. Durante un momento, nuestro círculo estuvo en silencio, mientras fuera el público ya hervía. JLo tomó la palabra y pronunció un emotivo discurso como un entrenador de béisbol estadounidense: «Tenemos que considerarnos felices y agradecidos de poder hacer música. De poder hacer lo que nos gusta. Así que vamos a darlo todo. ¡Somos un equipo, lo conseguiremos!».

Todos gritamos de alegría. Me inspiró muchísimo que alguien como JLo siguiese agradecida por su éxito.

El círculo se disolvió y JLo volvió a dirigirse sonriendo hacia mí para chocarla una última vez. Nuestras manos se juntaron con fuerza, luego salió de muy buen humor al escenario para saludar a los fans. Lo que siguió fue, como ya he dicho, mi peor pesadilla.

Por desgracia, esta frustrada actuación sigue estando en YouTube. Hasta hace poco no he sido capaz de ver el vídeo. ¡Me dolió hacerlo! Es cierto que mi horrible entrada en la canción se corrigió un poco, pero, por

supuesto, me doy cuenta de que lo hice mal. También me sabe mal la rigidez con la que me muevo por el escenario... mientras, a mi lado, la perfecta JLo mueve las caderas. Cuando hace señas con los brazos para motivar al público, parece muy relajada, sencillamente una megaestrella. Mis brazos parecen espaguetis zarandeados por el viento. Soy casi dos veces más alto que ella, aunque lleva tacones.

Lo que no se ve: tras la actuación, JLo me dio un cariñoso abrazo. Pero yo estaba muy abatido y pensé: «Eh, tío, para una vez que vengo a Estados Unidos y estropeo mi actuación. Y ni siquiera es culpa mía». Claro, dicho así, ahora parece una excusa tras fallar el penalti. Pero así fue. De camino a la zona de camerinos, JLo me preguntó inmediatamente:

—¿Qué ha pasado, Álvaro?

—No oía nada —dije—. No sabía cuándo entrar en la canción.

—Vaya, lo siento mucho —dijo sinceramente.

Y luego llegó su novio, Casper, subido a su patín, me dio unas fraternales palmaditas en el hombro y dijo:

—Tanta gente impone. Seguro que estabas nervioso.

Como si fuese un principiante absoluto. Aquello realmente me molestó, porque ya había cantado ante muchas más personas. Cuando has interpretado una canción ciento cincuenta veces, en realidad te la sabes al dedillo.

—Estaba nervioso, pero ese no ha sido el problema —dije.

Por suerte, también llegó el representante de JLo, el legendario Benny Medina, y dijo:

—Lo lamento muchísimo. Esto sencillamente no puede pasar.

Parecía como si le remordiese la conciencia. El hombre que trabajó con Prince y Madonna. Eso me hizo sentir mejor y también le aclaré lo que había sucedido exactamente.

—No es la primera vez que nos lo dicen —dijo—. Otros músicos tuvieron el mismo problema con el sonido. Nos encargaremos de ello.

Estaba furioso y pensé que iban a rodar cabezas. Y en efecto, al día siguiente despidieron a la mitad del equipo técnico. Increíble: así funcionan las cosas en Estados Unidos. *Hire and fire*.

Los días siguientes Benny, mi representante, logró quitarme el mal humor, que en realidad tengo muy pocas veces. Por lo general vuelvo a reírme rápido de los malos momentos, a menudo de mí mismo. Recorría Las Vegas, la metrópoli de la diversión, gruñendo y cabizbajo. Todo me sacaba de quicio. ¿Cómo es posible que todo sea tan genial en un momento para desmoronarse al siguiente? ¡He trabajado muy duro y con mucha pasión para conseguir el éxito! Entonces pensé que, como músico profesional, no puedes permitirte ningún error y siempre debes ser perfecto.

«¡Relájate, Alvi, no es grave! Tu carrera no se ha acabado», me repitió Benny muchas veces aquellos días.

Todos los que habían visto la actuación solo preguntaban: «Oye, ¿es JLo tan guay como parece? ¡Cuenta!». Por lo visto la metedura de pata no había llamado tanto la atención.

Sin embargo, aquellos días pensaba de verdad que mi carrera había terminado. No conseguía salir del agujero que yo mismo había cavado y murmuraba sin cesar para mis adentros: «Tuve la oportunidad de mostrar todo lo que sé hacer. Y la he cagado».

Hoy lo sé: todo ese lío mental fue innecesario, pues unas semanas más tarde tuve una segunda oportunidad. Volé de nuevo a Estados Unidos, esta vez a Miami, donde tuvo lugar la versión latina del festival. Todo fue sobre ruedas: había aprendido la lección. Volví a entrar en Estados Unidos. Con visado de turista, pero esta vez dije con desenvoltura: «Quiero relajarme con mis amigos en la playa».

JLo y yo hicimos una gran actuación... y nos divertimos un montón. Solo cuando me rozó un segundo con su famoso trasero, casi me quedo en blanco. Hay incluso una foto de aquel momento, que más tarde se utilizó mucho para las entrevistas. Se me paralizó todo el cuerpo durante un momento y clavé la mirada al frente como un robot. Pero después seguí cantando, pues a nadie le llamó la atención.

Cuando algo se tuerce no siempre es el final. Incluso puede ser el comienzo de algo magnífico.

Si hubiera creído antes en mí mismo, me habría ahorrado muchos nervios y dudas. Cuando algo se tuerce

no siempre es el final. Incluso puede ser el comienzo de algo magnífico.

A partir de ese momento, mi carrera siguió progresando, y todos los días vuelvo a estar agradecido por hacer música, tal y como dijo JLo en su discurso.

Apenas puedo creer que desde ese descabellado momento en Las Vegas hayan pasado tantas cosas. Seis años me parecen doce, porque cada día suceden cientos de cosas nuevas.

Sin embargo, nunca olvido de dónde vengo. A menudo vuelvo a mirar fotos y conciertos de antes. Era una persona normal y corriente, y nunca pensé que llegaría a tocar ni ante cien personas. Durante mucho tiempo, mi carrera como músico ni siquiera era mi plan B en la vida. A ver, yo era un chico germano-español y tímido en un colegio japonés. La música era mi pasatiempo, y también mi salvación cuando la vida se me complicaba. Nada más. Y de repente todo cambió. Mientras lo escribo, me doy cuenta de ello.

Lo cierto es que, con 30 años, soy demasiado joven para escribir una autobiografía. Y no es así como vería este libro. En las páginas que siguen, he querido más bien echar un vistazo a mi vida hasta ahora, que quizás inspire y entretenga. Y, sobre todo, muestra cómo la música me ha ayudado a romper los límites. Dentro y fuera de mí.

